

UNIVERSIDAD NACIONAL
Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje

MEMORIA
DEL VI CONGRESO DE FILOLOGÍA,
LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
«VÍCTOR MANUEL ARROYO»

MARGARITA ROJAS G. Y CARLOS FRANCISCO MONGE (EDS.)



1997

468

C749m Congreso Nacional de Filología, Lingüística y Literatura Víctor Manuel Arroyo (6a. : 1995 set. 27-29 : Heredia, C.R.)

Memoria / ed. a cargo de Margarita Rojas G. y Carlos Francisco Monge. -- Heredia, C.R. : [Universidad Nacional. Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje]. 1997.

378 p. ; 21 cm.

ISBN : 9968-9863-0-5

FILOLOGÍA; LINGÜÍSTICA; LITERATURA; LITERATURA COSTARRICENSE; LITERATURA HISPANOAMERICANA; ESPAÑOL SEGUNDA LENGUA; ENSEÑANZA; ARROYO SOTO, VÍCTOR MANUEL; DUVERRÁN, CARLOS RAFAEL; CONGRESOS. I. Rojas González, Margarita. II. Monge Meza, Carlos Francisco, 1951-

LA SOLEDAD DE LOS CENTAUROS (Los trabajos del poeta y el filólogo)

CARLOS FRANCISCO MONGE
Universidad Nacional

En vida, Carlos Rafael Duverrán (1935-1995) fue poeta y filólogo. Unió una vocación con una profesión; y me ha parecido oportuno delinear aquí algunas relaciones entre dos actividades que con frecuencia son artificialmente separadas. La premisa es muy simple: toda elaboración conceptual es creadora, y la fuerza de la imaginación no es sólo fantasía y ensueño.

Entre 1953 y 1981 nuestro poeta publicó ocho libros de poesía: *Paraíso en la tierra*, *Lujosa lejanía*, *Ángel salvaje*, *Poemas del corazón hecho verano*, *Vendaval de tu nombre*, *Estación de sueños*, *Redención del día* y *Tiempo grabado*. Mientras tanto, primero como estudiante y luego como profesor, Duverrán también desarrolló la actividad de la filología y la crítica literaria: su tesis de grado sobre la poesía de Miguel Hernández es un ejemplo de inteligencia analítica; su antología *Poesía contemporánea de Costa Rica* ha sido, durante muchos años, libro de referencia; y sus estudios sobre las letras nacionales tienen la utilidad y la claridad de los maestros.

Muy propio de su temperamento, Duverrán adoptó después de 1981 un inquietante silencio literario; y no fue sino hasta 1992 cuando publicó en una edición casi furtiva, un pequeño libro de poemas que tituló *La bruma clandestina*. Entretanto, en su mesa de trabajo ya danzaban los poemas de su último libro: *Piedra de origen*¹. En ellos el poeta consiguió tres cosas importantes: por una parte, consolidó la facultad crítica en torno a la historia presente; por otra, consiguió

1. Ya lo ha publicado la Editorial de la Universidad de Costa Rica, en el tomo antológico *Tal vez en dura tierra. Obra recobrada (1953-1989)*, con prólogo de Antidio Cabal (1993). Cuatro días antes de iniciarse el VI Congreso Nacional de Filología, Lingüística y Literatura, en el que fue leída esta conferencia, Patricia Buján, la viuda del poeta, me comunicó que además de esas obras Duverrán dejó listo un nuevo libro de poemas, otro de narraciones, y una inconclusa obra de teatro.

acercarse a los valores de una conciencia posmoderna que ha estado surcando las letras y las ideas contemporáneas de Costa Rica; y en tercer lugar, empleó el antidoto de la poesía contra el lenguaje contaminado del poder.

Uno de los rasgos que se destacan en la poesía última de Carlos Rafael Duverrán es la crítica a la interpretación unitaria de la historia. Las explicaciones únicas y de una sola dirección, propias de la razón aristotélica, y en general del pensamiento positivista, poco o nada tienen que ver con la imaginación liberada que el poeta quisiera. En *La bruma clandestina* se encarna una antropología del recelo, y al mismo tiempo la búsqueda de una legitimidad, frente a los discursos establecidos y monológicos. Esta postura, sin embargo, no siempre escapa a esa lógica binaria de nuestros tiempos, porque a los valores de las sociedades modernas (cuyo emblema es la sociedad cesarista de las urbes), opone el poeta las virtudes de un tiempo primordial, y un conocimiento mítico.

Si bien frecuente, y hasta tópica, la oposición entre un mundo arcádico y un mundo degradado tiene que ver en nuestro caso con la descreencia en los valores establecidos por la sociedad moderna. Ante el concepto lineal de la historia, característico de la racionalidad ilustrada —de la cual nosotros continuamos alimentándonos—, los poemas son una forma de transgresión, al refugiarse en una vuelta al pasado mítico, y al levantar su voz contra las principales manifestaciones del poder logocéntrico: la crítica a los reglamentos, a los decretos y a los estatutos. Es decir, a la palabra convertida en monolito. En sus meditaciones sobre el lenguaje, Platón distinguía entre una retórica del engaño y la lisonja, y una retórica de la verdad, del saber, y sobre todo del diálogo. Pues bien, en los poemas de Duverrán es visible esta huella platónica, no sólo por el afán de alcanzar un mundo absoluto de felicidad, sino por la refutación a los sofismas del discurso político. Es que el poeta ya ha visto una secreta relación entre los lenguajes impíos, la tecnocracia y las instituciones autoritarias.

A mi modo de ver, el origen de esta suerte de escepticismo cultural se debe a un complejo fenómeno, que por lo pronto habría que denominar un «cansancio de la razón», y con él un alejamiento del saber científico. Una vez más, la renuncia a una interpretación oficial de la historia. No podría decir, ahora, si es o no es una propuesta atinada y oportuna; pero sus alcances ponen en entredicho los discursos únicos. La reacción del poeta es buscar los valores primordiales de la vida original; es decir, de aquellas relaciones con el mundo desprovistas del artificio, las jerarquías y el hostigamiento. Si bien son conceptos muy generales, y producto también de esa lógica binaria propia de la racionalidad moderna, lo cierto es que este afán por recuperar un mundo inaugural no quiere otra cosa que cambiar

la linealidad de la historia y del saber tecnocrático; es decir, pasar de la historia unitaria (la progresiva) a la historia diversa, que admita incluso una visión circular (o cíclica) de los hechos.

En la simbología de *La bruma clandestina* y de *Piedra de origen* el mundo es un enigma; es decir, una incógnita. La ciudad, por ejemplo, es niebla o laberinto. Los paraísos, los ángeles salvajes, el corazón hecho verano, las estaciones o la redención del día de los otros libros de Duverrán, han tenido que esperar otra ocasión y tiempos más propicios. Esto no contradice, sin embargo, el afán de retornar a un mundo primordial; es, más bien, una toma de conciencia y de posición: ante los significados ocultos o escamoteados, el poeta no tiene más remedio que inventarle nuevos sentidos a la realidad.

Entre otras cosas, esta respuesta lleva a la apología de la afectividad; es decir, al individualismo frente al absolutismo del Estado. Mucho se ha hablado de la doble condición del artista en la sociedad: por un lado, de su soledad creadora; y por otro, de la solidaridad que compromete su obra con la comunidad. La poesía de Carlos Rafael Duverrán no es bullanguera ni expansiva; prefiere la habitación a la plaza pública; el oratorio al púlpito. Esta especie de voto de discreción resulta ser, paradójicamente, una protesta contra la imposición y el chillido. La cultura del grito está en la arenga de plaza pública, en los carteles publicitarios, en las instalaciones militares, en las pandillas, y en toda la parafernalia del espectáculo comercial. El poema es, más bien, clandestino, alejado de la tribu, solitario como los mitológicos centauros. Por una vía cercana, esto lleva al poeta a un refugio ideológico —reivindicar el arte, frente a las formas del poder—, y a una opción personal: elegir la palabra como tabla de salvación. En efecto, el retiro y el silencio íntimo son los ámbitos propicios del artista; son el último reducto desde el que la imaginación creadora examina el mundo, habla de él; y el testimonio de toda esa experiencia es el poema. Lo innegable es que este refugio en el mundo de la intimidad personal tiene que ver con un principio de emancipación de los poderosos sistemas establecidos; y uno de sus gestos es contraponer un nuevo lenguaje; es decir, reivindicar un discurso libre y creador. Al defender su territorio, el de la palabra, el poeta se defiende contra las diversas formas del poder; y así contribuye a la diversidad en la construcción e interpretación de la historia.

Ofrecer otro discurso es proponer otra forma del saber. No olvidemos que *λόγος* en griego es al mismo tiempo 'palabra' y 'conocimiento'; es decir, afirmación, proverbio, oráculo, conversación, argumento, fábula, inteligencia, buen sentido, pensamiento; todo ello reunido en dos sílabas mágicas. Más que por su etimología, esta relación entre *palabra* y *saber* marca la diferencia principal para

acercarse a la realidad. La respuesta al «cansancio de la razón» es la duda ante el saber científico, y una vuelta al saber mítico. Ante estas alternativas, un poeta contemporáneo que descrea de los sistemas políticos (por anquilosados y corruptibles), del discurso sofisticado, o de la tecnocracia, no halla otra opción que un regreso a los mundos originales, quizá perdidos y olvidados en el tiempo, pero seguramente más confiables y dignos. Desde luego, esta respuesta también es *ideológica*, pero responde a un movimiento más general de la época: a una especie de *conciencia de la regeneración*, que bien podría abarcar movimientos y tendencias tan variados como el ecologismo, el despertar de los nacionalismos, la recuperación de las particularidades, la dignificación de una condición sexual, racial, social o cultural. Pese a la diversidad de sus orientaciones, objetivos y métodos, tienen en común la búsqueda de una legitimidad y un principio de emancipación. Y la poesía comparte esos afanes.

Lo que en nuestros tiempos parece haber cambiado, nos dicen los conocedores del tema, no ha sido tanto la manera de conocer el mundo, como el estatuto mismo del saber. En la «edad postindustrial», la de nuestra actual sociedad de consumo, el saber es una mercancía. Cuando en uno de sus poemas Carlos Rafael Duverrán dice:

*Aquí están de nuevo los publicistas
los propagandistas los publicadores
te solicitan cuentan contigo te adulan pero
te desprecian, juegan con el sentido común
les intereses como productor se burlan
de tu inteligencia vendedores administradores
de ofertas de esquemas de ideas de cosméticos*

no hace otra cosa que señalar la impiedad del comercio: tanto vales cuanto aciertes a acomodarte en las reglas del juego; y a quien se atreva a indagar otros caminos del conocimiento, le será vedada la convivencia con la tribu. Este pequeño razonamiento se les ha aplicado durante siglos a los exploradores de nuevas verdades y nuevas respuestas. En la sociedad contemporánea —y, desde luego, que estoy pensando en *nuestra* sociedad contemporánea, de aquí, el área metropolitana de Costa Rica, y de ahora— las actividades más calificadas y lucrativas son las tecnologías de rápido consumo (la industria de la informática, por ejemplo), que han llegado a formar un verdadero emporio del saber como mercancía.

En el discurso de los poetas es muy frecuente la aspiración a una lengua inaugural y libre. El saber intuitivo y las relaciones cordiales con el mundo primigenio

son, también, instancias del deseo de abarcar, de manera total, el universo. No siempre a sabiendas, el poeta se convierte también en ideólogo de la cultura. Su deseo de volver a la práctica de un saber mítico está movido por su rechazo al saber como mercancía.

No importan en todo esto quién está en lo cierto, sino qué juegos de lenguajes envuelven y condicionan las diversas formas de relacionarnos con la historia. Son numerosos, variados y en constante cambio esos juegos de lenguajes; en vez de la confianza y seguridad en un mundo racional, ordenado y jerarquizado — propio de los tiempos modernos— el poeta encuentra una nueva Babel, la de los tiempos contemporáneos, donde cada quien habla su lengua: el político, el pedagogo, el jurista, el predicador, el publicista, y él mismo. Ante ello, el poeta se responde:

*Este es mi laberinto, en él me tocó y así lo amo,
a pesar de su desamor por el arte y la verdad acuñada,
de su pasión por el oropel, por la falsa esmeralda
y el ámbar corrompido. Lugar de oídos sordos
y rostros fantasmales (¿adónde irán las palabras
sopladas justamente?) Este es mi laberinto.*

Lejos de ser un gesto de escepticismo o desencanto, esta respuesta es el reconocimiento de una nueva condición en nuestros tiempos: ya es imposible representarnos el mundo en forma unitaria y escalonada de progresos hacia una meta ilusoria de felicidad absoluta. Somos historia; y sobre ella no caben las perspectivas absolutas, ni la integración omnicomprendensiva.

* * *

Puede ser que en este principio de pluralidad esté la clave de la futura reflexión sobre el lenguaje y la literatura. Lo primero que salta a la vista es que hay tareas comunes entre el poeta y el filólogo. No me refiero a los resultados de cada una de sus actividades, sino a los problemas generales que se derivan de su trabajo. Ante la sociedad, somos trabajadores de la palabra: unos para inventarla, otros para examinarla, y otros hasta para juzgarla. Son muy pocas las ocasiones en que se advierte que nuestra labor va más allá de la seducción, el análisis o la corrección. A este mismo principio de pluralidad debería sumarse también la necesidad de vaporizar las diferencias en el trabajo de unos y otros. Todos aquí sabemos que la imaginación del crítico literario o del lingüista no es menor que la del artista de

la palabra. Esto nos permite desacralizar la imagen —de lejanísima procedencia— del poeta vate, o del artista situado en un pedestal. La nuestra no es una sociedad que esté para esas distinciones, que no consiguen otra cosa que mantener o edificar nuevas jerarquías.

¿Qué tareas, entonces, nos quedan entre manos? La primera de ellas es descifrar el discurso del poder, deslindando sus reglas y develando sus estrategias retóricas. La experiencia reciente de la huelga del magisterio costarricense puso en evidencia que la verdadera lucha no se dio en las calles y despachos ministeriales, sino en el campo del lenguaje: unos y otros movilizaron auténticas riadas de comunicados, conferencias de prensa, alocuciones televisadas y pronunciamientos públicos, asegurando contar con la verdad y la razón. Y en medio de tal barahúnda, ¿no le corresponde al trabajador de la palabra —llámese profesor de gramática, lingüista, comunicólogo o filólogo— buscar en el lenguaje las sombras y las luces; la transparencia y el ocultamiento? Por lo visto, el poeta suele refugiarse en la nostalgia de una lengua primordial, desprovista del ácido y la podredumbre; es una forma, diríamos, de responder al sarcasmo. Pero el filólogo no puede conformarse con ello. A la ética del poeta, el profesor de lenguas debe sumarle una pedagogía política. Si la nuestra, según se ha dicho, es una sociedad de la comunicación (de los 'mass media'), ¿cómo no examinar a fondo las posibilidades, opciones y consecuencias en el uso del arma excepcional que es la palabra?

Ya sabemos que todo comentario en torno al poder produce confusiones; una de ellas es asociarlo siempre al Estado. En el caso del lenguaje, sabemos que hay un discurso, especialmente complejo, asociado al poder político institucionalizado; pero junto a él hay otros discursos cercanos que lo recubren o lo complementan. El lenguaje de la publicidad es un ejemplo; el del protocolo es otro; el de la información periodística; el del saber tecnocrático; el de los fanatismos religiosos. Con esta enumeración no busco igualarlos; pero todos pretenden ser diálogo sin interlocutor, porque pasan por alto la respuesta y la conversación. Esos discursos son *poderosos* porque asumen el ejercicio del dominio y el privilegio, amparados en una legalidad, en una moral o en una competencia. Así, nuestra memoria se ha dejado llenar de unos hábitos y unos tópicos, fijados como tábanos en la piel de las palabras cotidianas. Son discursos que buscan la uniformidad y el asentimiento; y los *mass media* se han encargado de ello. La pluralidad de nombres con los que quisiéramos designar el mundo quedan, entonces, reducidos a unos pocos y abstractos conceptos: deber, éxito, salvación, eficiencia, progreso. Ahora comprendemos por qué el poeta siempre anda en busca de un lenguaje genésico e ímpoluto. Puede que sea una quimera, pero al menos pone en entredicho los sofismas de la unanimidad.

Como el del poeta, el papel del trabajador de la palabra consiste en reivindicar un discurso libre y creador. La distinción entre el poder imaginativo de arcana procedencia, atribuido al poeta, y la capacidad intelectual de los hombres de ciencia, es más artificial que real. Ni el poeta habla únicamente por boca de la inspiración, ni la actividad científica se rige solo por el axioma y la razón físico-matemática. Hay una imaginación creadora, producto de la reflexión y la elaboración conceptual; así como existe la fantasía poética, el recuerdo ancestral, y hasta las premoniciones. Todas son formas de conocimiento, y no podemos excluirlas del trato con la realidad cotidiana; y reflexionar sobre los diferentes discursos que nos envuelven en la actualidad es una aspiración a comprender cuánto hay en ellos de verdad, cuánto de hermosura, y cuánto de codicia. Vivimos en medio de numerosos y cambiantes juegos de lenguajes: los consumimos, los toleramos o los resistimos, a sabiendas de que son al mismo tiempo parte de nosotros, y ajenos a nuestras voluntades. Como en el amor, nadie escapa a sus ardidés y a sus maravillas.

Lo que no podemos hacer es callar. El silencio es una forma de complicidad, y lo menos indicado en estos tiempos es dejar para otro día el examen crítico de este teatro de circunstancias. Los poetas tienen su manera de percibir las alevosías de la palabra, y procuran limpiarla de esa herrumbre con la claridad y la caridad; y quienes estamos aquí sabemos que las palabras esconden muchos secretos y una excepcional movilidad histórica. Los dominios de la palabra abarcan todas las formas del saber: somos una cultura logocéntrica, y nada puede escapar a nuestra atención.

Una buena lección: el hábito de clasificar la realidad en entidades opuestas no siempre conduce a buenos resultados. En los libros de texto son separados el lenguaje ordinario del lenguaje artístico: ¿dónde están sus fronteras? ¿Podemos discernir entre el discurso político y el jurídico? ¿Hay maneras de distinguir el anuncio publicitario del arte de la seducción? Recordemos los poemas de Durrán: para el poeta la ciudad es una incógnita, un laberinto; para el gramático, un libro por descifrar. El mundo es un gran código; y cada momento de nuestra historia presente es un folio que hemos de leer, cotejar y examinar, como filólogos del tiempo. Los poetas cantarán.

Impreso en el Programa de Publicaciones e Impresiones
Universidad Nacional
970076—PUNA